

Revue Hebdomadaire (La).—Directeur: François Le Grix. París. 18 Mayo 1929. Núm. 20.

Revue Universelle (La).—Directeur: Jacques Bainville. París. 15 Mayo 1929. Núm. 4.

Sierra (La).—Organo de la Juventud Renovadora Andina. Lima. Perú. 1929. Núm. 28.

Universidad.—Director: Germán Arciniegas. Bogotá. 25 Mayo 1929. Núm. 135.

Vida Literaria (La).—Periódico Quincenal. Director: Enrique Espinoza. Buenos Aires. Mayo 1929. Núm. 10.

Manifestación a Mariano Latorre

En el Club de la Unión se efectuó, el 1.º de Agosto, la manifestación que un número considerable de escritores y de sus amigos personales ofrecía a Mariano Latorre por su nombramiento como profesor del Instituto Pedagógico, de que dimos cuenta en esta misma sección en el número anterior.

Esta manifestación, que constituyó una simpática muestra de adhesión a uno de los más representativos escritores nacionales, fué ofrecida por Domingo Melfi. A continuación reproducimos el discurso de ofrecimiento del señor Melfi y la respuesta del festejado.

«Pocas palabras. Las indispensables para decir nuestra alegría, para saludar a esta justicia que no ha reagueado tanto, como es de rigor en

esta tierra, con los hombres que escriben y que ha sido tan oportuna con nuestro escritor, el más criollo si los hubo.

Pocos rincones de esta tierra abrupta le son desconocidos. Pocos rincones de las vastas planicies literarias, permanecen aún vírgenes para su espíritu. De este modo, resulta una sabiduría casi total para un maestro.

Para muchos, para la mayoría quizá la literatura no tiene otra virtud que la que le asignan los desocupados: un pasatiempo. En cambio, nosotros tenemos la debilidad de creer que forma caracteres, espíritus, corazones, individualidades. Sobre todo, individualidades.

Para un hombre como Mariano, que tiene una fe tan profunda en la sugestión e influencia de las letras, la cátedra se transforma en una perpetua creación. Desde luego, enaltece al discípulo, porque no lo convierte en recipiente de materia muerta, de cifras y de catálogos, sino en un corazón capaz de interpretar, de comprender, de amar. Es decir, la tierra, nuestra tierra y todas las que componen el mundo son grandes por la fuerza de sus creaciones artísticas. Un maestro como el que festejamos tiene la conciencia de su misión. Es un creador. Sabe que la literatura no es un juego, sino una cosa grave y profunda,

como que es arte, y el camino más corto que hasta hoy se ha descubierto para llegar a la verdad y a la justicia, es el arte.

Cuando se empieza por enaltecer, en las creaciones, la propia tierra, el ambiente que nos rodea, hay la seguridad de que ninguna lección puede perderse. El que ha visto y ha enaltecido las cosas vistas, puede dar lecciones de energía y de esperanza. Formar individualidades. Y eso es lo grande, sin duda, en la enseñanza. Por eso estamos todos aquí reunidos en torno a un escritor que es capaz de formar esas individualidades.»

«No soy orador, ni quiero disertar sobre nada profundo en este momento, porque nada sabría decir tampoco. Me basta con agradecer sinceramente la exteriorización de vuestra fraternidad y recibirla como un argumento de que creéis en la verdad de raza que intenté injertar en mi obra. Para mí el único valor de ella.

Hijo de extranjeros, viví hasta la mocedad entre vascos rudos y entre franceses reidores. Curiosamente, sin embargo, mi espíritu veía desenvolverse el trágico dolor de esta raza en formación. Su viento de gesta me empapó la cara y despertó mi fantasía.

Entusiasmábanme los hombres primitivos que, con el arado, removían los espedones del viejo fundo de mi papadre o remachaban, a golpes de martillo, los pernos en las cuadernas de los buques que mi abuelo soltó al mar en la costa maulina. Labriegos o marineros entregábanse a su oscuro destino con una abnegación sin pensamiento, pero, a la vez, con un prodigioso vigor de raza virgen.

Fué mi deseo de niño recorrer todo Chile. Vivirlo y más tarde cantarlo. Esta aspiración se ha realizado en parte. El lejano sur y el norte abrazado son cantares no escritos de mi epopeya.

La vida me llevó, después, por los senderos de la educación. Tuve fe en la eficacia de una labor honrada. No dudé de los reales valores de mi raza aunque el indio y el conquistador siguiesen luchando en su sangre y pusiesen un punto de sombra en su porvenir. No lo deploro. Tocóme conocer la raza en este aspecto y cada año que trascurría un nuevo secreto del alma chilena se me revelaba.

Entre una sierra hosca manchada de blancos imponentes y entre un mar desbordado e inquieto, se desliza como un río de aguas profundas la vida nacional; por eso, algo de dureza de granito y de hervir de marea hay en nuestra alma.

Tal fué mi ideal al comenzar mi vida literaria y algo he realizado. Permitidme esta petulancia. No todo. Muchos escritores, de antes y de hoy, piensan como yo y como yo tratan de fijar en sus libros nuestra conciencia nacional.

La suerte no me ha brindado fortuna. El escritor de la América del Sur ha de contentarse con muy poco. Más que todo, con la íntima convicción de haber obrado honrada, sinceramente.

Sin embargo, me halaga más que toda buena fortuna el haber sido designado para interpretar la literatura chilena, precisamente a los chilenos, que hasta el momento han abominado de ella.

Un joven poeta habló, no sé dónde, de mi regionalismo

intelectual. Exacto. Muchas veces el valor reside en no creerse mariposa cuando se es oruga; en no volar, si no nos fueron dadas unas alas de cóndor para alejarnos de la tierra.

Y si algún bien espero en el futuro (y en esto no hay asomo de vanidad) ha de ser que me ocurra con un hombre superior de otra raza y de otra cultura, lo que le ocurrió al escritor norteamericano Sherwood Anderson al ser traducidos al francés sus cuentos de Ohio por ese gran occidental que fué Leon Bazalgette:

—Os agradezco, Mr. Anderson, el haberme hecho conocer vuestra tierra y vuestro pueblo. Honor a vos que no tratáis de escribir como un europeo.»